

HISTORIA DE LA PSICOLOGÍA.

AUTOR: PAOLO LEGREZZI

CAPÍTULO SEXTO

EL CONDUCTISMO

por Cesare Cornoldi

Durante más de dos mil años la psicología ha sido entendida en su sentido etimológico de «disciplina que tiene por objeto el alma». En efecto, «psique», en griego (ψυχή), quiere decir «alma», y por consiguiente «psicología» significa «estudio del alma». Aristóteles había precisado que la psicología tiene por objeto «la naturaleza, la sustancia y las determinaciones accidentales del alma» y —aun mostrándose interesado en estudiar las leyes de los principales fenómenos psíquicos— había considerado la psicología como una disciplina eminentemente deductiva.

Cuando en 1700 y luego en 1800 empezó a abrirse camino la idea de que la psique podía conocerse mejor a través del análisis basado en la experiencia (Wolff, por ejemplo, había distinguido una psicología racional y una psicología empírica), se crearon las premisas para un cambio en el método de investigación que habrían dado paso al nacimiento de la psicología científica. Pero el objeto de la psicología continuó siendo el mismo, es decir, la psique, aunque su carácter de sustancia (el alma) se había ido sustituyendo por su aspecto fenoménico (la conciencia) y muchos investigadores parecían preferir el análisis de reacciones precisas antes que el examen introspectivo de la conciencia. Probablemente, muy pocos habrían puesto en duda que la psicología podía tener otro objeto de estudio, ya que, al renegar de dicho objeto, se habría negado a sí misma por definición.

El conductismo representa la revolución más radical en el enfoque del objeto de estudio de la psicología, ya que no sólo considera

VI. El conductismo

que le compete también la conducta observable, sino que incluso llega a rechazar a veces que se tenga que ocupar de la conciencia. Desde cierta perspectiva, se podría decir que el conductismo propone una nueva disciplina con un diverso objeto de estudio (podríamos llamarla «conductología»), a no ser porque su propósito, de explicar todos los temas afrontados por la antigua psicología de un modo más satisfactorio y científicamente más adecuado, presenta el conductismo como la única manera de hacer ciencia psicológica. En otras palabras, el objeto «psique» es explicitado en los «contenidos psicológicos» (emoción, hábito, aprendizaje, personalidad, etc.) y se propone su estudio a través de su manifestación observable (que es su verdadera naturaleza) en términos de comportamientos emotivos, comportamientos habituales, comportamientos de aprendizaje, comportamientos constitutivos de la personalidad, etc.

Como veremos mejor en seguida, uno de los motivos fundamentales de esta opción radical del conductismo es la aspiración a dar un fundamento científico a la psicología con el fin de colocarla entre las ciencias biológicas, en la gran familia de las llamadas ciencias naturales. En coherencia con tales premisas, el científico conductista terminó siendo primero científico y luego conductista, dejándose (afortunadamente) guiar por los resultados de su investigación más que por los prejuicios filosóficos de sus jefes de escuela¹. Parece además que el destino de muchas orientaciones psicológicas ha sido hallar continuas correcciones, revoluciones internas, cambios radicales de acento que a veces hacían difícil hallar coordenadas unitarias, no sólo en la obra de diversos representantes sino también de un mismo fundador de escuela.

Estas razones hacen difícil detectar con claridad tanto los puntos clave como los personajes más destacados en la perspectiva conductista. Por ello hemos preferido considerar tanto la obra del fundador histórico del conductismo, J.B. Watson, como aludir a los principales aportes (que, en muchos casos, seguramente han superado en valor los méritos del fundador) de cuantos, en algún momento de su vida, se han reconocido en el conductismo, han hecho referencia a

1. El caso de Lashley, el más célebre discípulo de Watson, es en este sentido ejemplar. Lashley, con un enfoque metodológico conductista [Heldbreder 1933], llegó a propugnar un análisis molar del sistema nervioso central que estaba en antítesis con las actitudes molecularistas de Watson (sobre este punto, cf. Meazzini [1978b]).

su bagaje terminológico y conceptual o han tomado parte en polémicas que nacían de la contraposición entre las principales orientaciones psicológicas. Entre los psicólogos más importantes para una historia del conductismo podemos citar: Watson, Max Meyer, Hunter, Kuo, Lashley, Tolman, G. Mead, Piéron, Hull, Guthrie, Skinner, Spence, Kantor, Weiss, Bandura, Eysenck, Staats, N. Miller, Mowrer, Estes, Ferster, Harlow, Hebb, Osgood, Underwood y Postman.

Muchos de estos estudiosos constituyen sin más la historia de la psicología experimental, la cual estuvo extremadamente influida por el conductismo, en virtud de la identificación implícita que diversos psicólogos hicieron entre método experimental y conductismo metodológico. Se caracterizaron además en su inmensa mayoría por otro hecho, es decir, por ser psicólogos norteamericanos. En efecto, el conductismo fue un movimiento típicamente norteamericano y sólo en los años 50 empezó a ser conocido fuera de los Estados Unidos y particularmente en Europa. Esto sucedió probablemente como mera consecuencia de la «americanización» de la cultura europea y del reconocimiento implícito de inferioridad que gran parte de la psicología científica del antiguo continente tuvo que hacer ante el carácter imponente de medios e instrumentos, datos, elaboraciones, número de investigadores, que presentaba Norteamérica. Ésta es precisamente una de las razones por las que es importante conocer bien el movimiento conductista, desde el momento en que, al influir ampliamente en el desarrollo de la psicología norteamericana, indirectamente ha condicionado nuestra psicología.

Los orígenes del conductismo: el clima histórico-cultural

El conductismo nace oficialmente en 1913, año en que J.B. Watson publicaba un artículo programático con el título *Psychology as the Behaviorist Views It*. Sin embargo, como han observado muchos, Watson fue más bien el organizador, el radical propugnador y el hábil divulgador de una serie de ideas y temas que hacía tiempo que iban madurando.

Watson había sido el primer doctor en psicología de la Universidad de Chicago (1903), cabe la cual se estaba dibujando el movi-

miento funcionalista, y más tarde tuvo que admitir haber elaborado «el verdadero funcionalismo». Aunque no sea fácil encontrar unas coordenadas precisas de la orientación funcionalista (cf. cap. II), se puede decir que influyó ampliamente en el conductismo, ya sea aceptando decididamente la biología darwiniana, ya sea desviando la atención desde la naturaleza de la conciencia hacia los procesos adaptativos que presenta (con un interés explícito e implícito por las capacidades que conducen al éxito), ya por la idea de que el hombre es un animal que reacciona ante el ambiente, ya por la confianza en las grandes capacidades cognoscitivas y las potencialidades aplicativas de la psicología [véase Heidbreder 1933, Curi 1967, Meotti 1971].

Quien lea el ensayo de Watson citado se dará cuenta inmediatamente de la influencia ejercida sobre el conductismo por la experimentación con los animales. El evolucionismo darwiniano había clarificado que entre el hombre y las demás especies animales no había una diferencia radical, por la que el hombre tuviera un alma y los animales no. Por ello era plausible hacer investigación psicológica también con los animales, lo cual presentaba una serie de ventajas incomparables debidas a la posibilidad de estudiar algunos hechos en organismos menos complejos, a la oportunidad de controlar variables concomitantes (cantidad y tipo de alimentación, horas de reposo y de actividad, condiciones de vida, etc.), a la posibilidad de conocer y mantener bajo control la influencia de la experiencia pasada en las acciones realizadas por el individuo examinado, a la libertad en los procedimientos (experimentaciones largas y pesadas, disponibilidad del sujeto para el momento y el ambiente deseados, etc.), finalmente, al carácter manipulable del organismo (lesión de las funciones sensoriales, operaciones quirúrgicas, etc.). Entre fines del siglo XIX y comienzos del XX, muchos estudiosos de primer plano se habían ocupado de psicología animal: entre ellos Romanes, Loeb, Donaldson, Jennings, Lloyd-Morgan, Uexküll, Thorndike, Washburn, Yerkes, Small, Hunter.

Estudiar la psicología de los animales podía significar varias co-

2. Adviértase que, más adelante, muchos psicólogos experimentales con simpatías genéricas o bien por el funcionalismo de principios de siglo, o bien por el conductismo, o bien por la escuela dinámica de Woodworth, también se llamarían «funcionalistas» [para su caracterización, cf. Hilgard y Bower 1966].

sas. En particular, si el objeto de la psicología es la conciencia, se tendría que haber llegado a conocer la naturaleza de la conciencia animal (ésta era, por ejemplo, la posición de Washburn). Pero partiendo del examen del comportamiento observable (los animales no tienen un lenguaje a través del cual explicitar sus contenidos mentales), esto sólo se podía obtener obviamente de un modo precario e indirecto. A fines del siglo, un grupo de estudiosos alemanes (Beer, Bethe y von Uexküll) había sostenido la exigencia de introducir en la psicología animal un lenguaje más objetivo (menos antropomórfico)³. Watson se apropió en términos radicales dicha inquietud afirmando que la verdadera psicología de los animales tenía simplemente que considerar su comportamiento, por el hecho de que el objeto de toda la psicología se identificaba sin más con el comportamiento. Ya en la investigación llevada a cabo para su tesis doctoral (publicada en 1907), Watson tendía a juntar esa opción metodológica con otra de contenido, orientada a negar importancia a la conciencia. En efecto, el aprendizaje que se verificaba en un ratón adiestrado a recorrer un laberinto parecía consistir en la adquisición de una serie de movimientos más que de nociones. De este modo dos tendencias distintas de fines del siglo XIX (evolucionismo y fisicismo) encontraban una confluencia armónica [Curi 1967]. El animal empezaba a ser considerado como conejillo de Indias, ideal para el conocimiento psicológico del hombre. Lloyd Morgan (cuyo canon *Principio de parsimonia* afirmaba que no se puede atribuir una acción a una facultad psíquica superior, cuando puede ser interpretada en referencia a un ejercicio inferior en la escala psicológica) y Thorndike habían dado un impulso decisivo a la preparación de aparatos de laboratorio aptos para la experimentación animal.

E.L. Thorndike es quizá el primer psicólogo norteamericano «formado totalmente en casa», es decir, sin un *curriculum* europeo de estudios. Sus investigaciones con los animales, llevadas a cabo ya a fines del siglo pasado en gran parte en la bodega de su maestro W. James, fueron realizadas con aparatos como el laberinto en forma de T y la jaula. En el laberinto el animal, después de haber

3. En Alemania y luego en los demás países, la psicología animal tuvo unos desarrollos (cf. en especial la etología de Lorenz) orientados a estudiar en su ambiente al animal por sí mismo, más que como instrumento experimental para el conocimiento de la psicología humana [cf. Mondella 1974].

recorrido las patas de tantas T, se halla ante lugares de opción —que pueden ser representados por el punto en que la pata de la «T» se encuentra con su segmento horizontal— y tiene que aprender cuál de las dos direcciones (derecha o izquierda) es la adecuada. En cambio, lo que se exige al animal encerrado en la jaula es aprender que para salir de la misma y encontrar comida es preciso mover una manecilla. Observando a los gatos empeñados en esta última operación, Thorndike llegó a la conclusión de que su aprendizaje se verificaba gradualmente, a través de una serie de «ensayos y errores», que llevaba a la consolidación de las reacciones del organismo que habían sido recompensadas (ley del efecto).

La «ley del efecto» de Thorndike es una ley que se caracteriza claramente por un enfoque de tipo conductista. Con el mismo el autor creía especificar una característica básica de la «inteligencia animal». En efecto, podríamos pensar que la «inteligencia» consiste en «comprender» la relación que existe entre el acto de presionar la manecilla y la posibilidad de salir, pero lo que observamos efectivamente es que dicho acto se verifica tanto más a menudo cuanto más va seguido de una recompensa. El primer modo de describir la situación constituye una pura inferencia sacada del segundo modo, que, en cambio, se limita a los hechos. La ley empírica del efecto nos dice que «una acción acompañada o seguida de un estado de satisfacción tenderá a volverse a presentar más a menudo, una acción seguida de un estado de insatisfacción tenderá a volverse a presentar menos a menudo». Pero, si esta ley explica nuestras observaciones y es capaz de predecir lo que probablemente haremos en el futuro (adviértase el carácter de predicción probabilista, típico de las explicaciones psicológicas), no hay motivo para sustituirla con otra.

Este modo de considerar las cosas, podríamos relacionarlo con el conductismo metodológico, es decir la opción de observar el comportamiento y la preferencia por leyes comportamentales. Thorndike no explicitó hasta el fondo dichas premisas (por ejemplo, habló de reforzamiento de conexión más que de aumento de la probabilidad de emisión de una respuesta comportamental), pero se caracterizó también por precisiones propias de lo que hubiera sido una filosofía conductista.

La ley del efecto subrayaba en primer lugar el carácter adaptati-

vo y —por así decir— utilitarista de la acción humana, cuya manifestación aparecía simplemente vinculada a la posibilidad de ser recompensada. Muchos psicólogos habrían negado que el aprendizaje se verifique sólo en presencia de recompensa y entre ellos incluso algunos pertenecientes a la tradición conductista (por ejemplo, Tolman, Guthrie). En segundo lugar, el análisis de los tiempos exigidos al gato para llegar a la presión de la manecilla sugería a Thorndike que el aprendizaje era gradual. Muchos experimentos realizados por los psicólogos de la *Gestalt* y nuestro mismo sentido común nos hubieran hecho pensar que el aprendizaje tendría que haberse verificado por medio de una comprensión bastante repentina de la manera como era posible salir de la jaula. La clásica bombilla de las historietas se tendría que haber encendido y el animal tendría que haber pensado algo así: «¡Ah, finalmente comprendo! Si quiero salir tengo que apretar la manecilla.»

Hay que prestar atención a dicho punto. El conductismo metodológico no niega que esto suceda. Se limita a afirmar que no está demostrado y que, por tanto, es inútil decirlo, en la medida en que la ley comportamental nos explica y predice las observaciones que realizamos. Al contrario, la filosofía radical conductista niega que se haya verificado. Lo niega también porque no cree que la conciencia tenga importancia (o incluso no cree en su existencia real) y teme que su introducción diluya y confunda la explicación científica. Las curvas de aprendizaje trazadas por Thorndike, partiendo de sus datos, eran favorables a la idea de que el aprendizaje es gradual, y no fruto de una comprensión repentina. En efecto, en este último caso tendría que haber pasado que, al principio, el gato no lograra salir o hallarse casualmente la respuesta adecuada y, por tanto, tuviese necesidad de mucho tiempo, y que luego —con el descubrimiento de la solución— el tiempo necesario para salir se volviese mínimo. En cambio, Thorndike observó que, con el paso de las pruebas, el tiempo necesario a un gato para salir de una jaula decrecía regular y gradualmente, sin caídas bruscas, y esto le hizo llegar a la conclusión de que el animal no captaba la solución, sino que más bien iba a pequeños pasos sucesivos, imprimiéndose las respuestas adecuadas y borrando las equivocadas [Thorndike 1911].

Sin embargo, Thorndike no adoptó una postura decidida contra

los que hacían una psicología distinta de la suya, cosa que, en cambio, hizo pocos años después Watson. Éste había dejado en 1904 la universidad de Chicago por la John's Hopkins University y había continuado la experimentación animal, colaborando también con Carr y Yerkes, el cual en 1909 había introducido con Morgulis la obra de Pavlov en el ámbito norteamericano. Es indudable que la escuela rusa (Sečenov, Bechterev, Pavlov) ejerció una gran influencia sobre el conductismo, aunque también es verdad que sólo resultó evidente en obras más tardías de Watson y de otros conductistas. En 1912, Watson anticipaba en una serie de conferencias en la Columbia University sus ideas, expresadas luego más claramente en diversos ensayos (dos de los cuales, extremadamente importantes, fueron publicados el año siguiente) y en tres volúmenes teóricos, el primero [Watson 1914] inspirado en la psicología animal, el segundo [Watson 1919] enriquecido con las observaciones llevadas a cabo con niños, el tercero [Watson 1925; ²1930] caracterizado por un mayor interés aplicativo y por la batalla ambientalista.

Toda la obra de Watson está penetrada de una brillante y emotiva vena polémica y radical. El primer blanco contra el que dirigió sus ataques fue el método introspectivo. En sentido amplio, la introspección significa «mirar dentro de sí» y en este aspecto había constituido la base de acopio de informaciones para la psicología tradicional.

Prescindiendo del hecho de que los demasiado pequeños progresos llevados a cabo con dicho método por la psicología ponían en duda su capacidad efectiva de avance cognoscitivo, Watson consideraba no científica la introspección por dos motivos fundamentales: 1) por el hecho de que el observador se identificaba con lo observado (esto significaba, por ejemplo, que desde el mismo momento en que el observador empezaba a observar la conciencia cambiaba por definición su objeto de observación, ya que éste incluía la conciencia de estar observando); 2) por el hecho de que la observación introspectiva era realizada por una persona que hablaba de cosas que los demás no podían ver directamente (los datos introspectivos son privados, en contraposición a los datos públicos de las ciencias naturales). El carácter privado de los datos introspectivos era criticado no sólo por una cuestión de principio, sino también por una cuestión de

hecho: a través de ese método, se llegaba a descripciones completamente discordantes o insatisfactorias.

Watson pensaba específicamente en dos abusos del método introspectivo: el tradicional, que había llevado a la proliferación de conceptos no claramente especificados (alma, libertad, voluntad, etc.), y el estructuralista, personificado en particular en la figura de Titchener. En este segundo caso, «introspección» tenía un significado más definido y limitado, es decir, se refería a un modo sofisticado de describir la propia experiencia consciente, descomponiéndola en elementos simples. Para realizar dicho examen, el psicólogo tenía que ser extremadamente hábil para ir más allá del dato consciente puro y simple (veo una casa) y detectar sus componentes simples (las distintas sensaciones de que se compone mi experiencia de ver una casa).

El mismo Titchener había admitido que se trataba de un arte particularmente difícil y —como se sabe— el arte es un hecho subjetivo y sometido a diversas interpretaciones. El método introspectivo había llevado a conclusiones extremadamente diferenciadas o incluso opuestas (por ejemplo, sobre la presencia o no de pensamiento sin imágenes) y no había logrado una unificación de los términos utilizados. Claramente, el estudio del comportamiento antes que de la conciencia permitía utilizar métodos más satisfactorios y «objetivos», susceptibles de un control inmediato en la verificación del consentimiento intersubjetivo.

La respuesta de Titchener a Watson no se hizo esperar mucho [Titchener 1914], pero desempeñó el papel paradójico de constituir una caja de resonancia para el conductismo, en el que muchos investigadores norteamericanos reconocieron una sistematización de exigencias y dudas que estaban ya madurando. Más allá de las dudas sobre el método introspectivo y sobre su posibilidad de conciliación con la experimentación animal, aspiraban a una fundamentación científica de la psicología, que garantizase su capacidad de progreso y la constante popularidad de que gozaban las ciencias naturales. Se debe tener presente que, junto a una generación de psicólogos con formación europea, estaba naciendo otra deseosa de emanciparse de la influencia y dirección de los centros de investigación franceses, ingleses y especialmente alemanes. Muchos psicólogos de las nuevas

promociones eran originarios de pequeños centros agrícolas semiindustriales, mientras que los «ciudadanos» empezaban a orientarse hacia otras partes, especialmente hacia la clínica [Bakan 1966]. Watson, precisamente, provenía de un pueblecito agrícola de Carolina del Sur y, al llegar a las grandes ciudades industriales del Norte, se hacía intérprete de la exigencia de una psicología capaz por un lado de resolver los grandes problemas encontrados por el hombre ante la máquina y el urbanismo, y, por el otro, respetuosa de algunos valores típicos de la *American way of life*. Watson, y luego otros conductistas, se habían apropiado del proceder utopístico-democrático, negando en clave igualitaria el papel de la herencia y potenciando la posibilidad de modificación «en positivo» de la personalidad humana. Además, la entrada en guerra contra las potencias centroeuropeas había incrementado un sentimiento antialemán, hasta el punto que Max Meyer, uno de los primeros conductistas, se había preocupado de organizar una asociación con otros ciudadanos estadounidenses de origen alemán y que tenía la finalidad de expresar su propia lealtad para con el estado de adopción. Considerando estos elementos, se puede comprender por qué la afirmación de Watson de que el conductismo era «la única verdadera psicología americana» resultase de especial importancia para muchos de sus connacionales.

La primera guerra mundial tuvo una función central en el desarrollo de la psicología en los Estados Unidos, haciéndola salir de los estrictos ámbitos académicos y conocer en sus potenciales contextos aplicativos y a la opinión pública. Si consideramos las relaciones existentes anteriormente entre industria y psicología [cf. Baritz 1960], hasta 1915 habían sido más bien débiles y episódicos. Durante la guerra, en cambio, se asistió a una especie de *boom* de la psicología (en el marco de una oferta de competencia por parte de todas las disciplinas científicas). La verdadera bomba estuvo representada por la tarea confiada a los psicólogos de someter el ejército a tests con el fin de seleccionar los mejores soldados, y evitar grandes costes de adiestramiento para los reclutas con una baja preparación intelectual. En un segundo tiempo los tests también fueron usados con una intención clasificatoria, es decir, precisar las aptitudes diferenciadas de los sujetos examinados.

El programa de selección llevó a examinar más de 1 727 000 hombres; el relieve y el éxito de la iniciativa constituyeron la mejor carta de presentación para la psicología.

Los psicólogos de las universidades, primero hostiles a la aplicación, terminaron progresivamente colaborando en la publicidad, en la organización industrial, en el ejército, etc., independientemente de su orientación teórica. Figuras de primer plano en este complejo investigación-aplicación fueron W.D. Scott, Munsterberg y Bingham, pero —en posición de menor importancia— colaboraron muchísimos más y entre ellos Titchener, Watson y Thorndike. En 1920, cuando a causa de un pequeño escándalo terminado con el divorcio (i) tuvo que abandonar la John's Hopkins University, Watson pasó a colaborar directamente con la industria, metiéndose en problemas publicitarios y empresariales e interesándose cada vez menos por la psicología. Su libro *Behaviorism* [1925], que obtuvo un gran éxito también y especialmente fuera de los ámbitos científicos, representa claramente el nuevo estado profesional e indica las perspectivas aplicativas del conductismo [cf. también Curi 1977].

El conductismo watsoniano

Entre 1913 y 1930 (año en que, con la segunda edición de *Behaviorism*, Watson concluye su actividad científica) se desarrolla el conductismo watsoniano. En ese período aparecieron las primeras aportaciones conductistas de Kuo, Lashley, Weiss, Tolman y otros muchos, pero es cierto que la obra de Watson fue particularmente central.

La teoría elaborada por Watson no se presenta como un sistema orgánico y definido una vez por todas. Por ejemplo, Watson especificó de modo diferente el objeto de la psicología. El comportamiento fue explicitado en los términos de «adaptación del organismo al ambiente», «contracciones musculares», «conjunto integrado de movimientos», «acciones» [Kitchener 1977]. Se puede, en cierto modo, decir que la unidad de observación psicológica es para Watson el comportamiento o la conducta en el sentido de acción compleja manifestada por el organismo en su integridad, «sea lo que

fuere lo que realice, como orientarse hacia una luz o en dirección opuesta, saltar al oír un sonido, u otras actividades más altamente organizadas como tener hijos, escribir libros, etc.» [Watson 1930, 6; cf. Lazzeroni 1972]. Evidentemente esas conductas no se detectan en cada una de las reacciones psicológicas que el organismo manifiesta (contracción de un músculo, o bien actividades de órganos individuales como la respiración, la digestión, etc.), que constituyen el objeto diferenciado de estudio de la fisiología.

En la experimentación psicológica que lleva a cabo, Watson se interesa principalmente por variables dependientes complejas del tipo que acabamos de mencionar. Su «molecularismo» y «reduccionismo» teórico se especifican en la idea de que esos comportamientos no son más que la «combinación» de reacciones más simples, de moléculas constituidas por cada uno de los movimientos físicos que, en cuanto tales, son precisamente estudiados por la fisiología y la medicina⁴. En efecto, los principios de composición de las unidades simples en unidades complejas no modifican la naturaleza de las primeras, sino que simplemente las componen. Los principios a que principalmente se refiere Watson son la frecuencia, la proximidad y el condicionamiento. Los principios de la frecuencia y proximidad nos dicen que cuanto más a menudo o cuanto más recientemente se ha verificado una asociación, con tanta mayor probabilidad se verificará.

El condicionamiento empieza a ocupar un lugar central, en la teoría conductista, hacia 1916. Watson aparece directamente influido no sólo por Pavlov sino también por los reflexólogos rusos, es decir, por Sečenov, que ya hacia 1860 había afirmado que los actos de la vida consciente e inconsciente no son más que reflejos [cf. Boring 1950], y por Bechterev que se interesaba de modo particular por los reflejos musculares [Curi 1967].

El principio del condicionamiento parte del descubrimiento del hecho de que en el organismo existen respuestas incondicionadas a determinadas situaciones. Por ejemplo, un organismo hambriento

que recibe comida seguramente reaccionará salivando, un súbito haz de luz sobre los ojos provocará seguramente una contracción de la pupila, etc. La comida y el haz de luz se llaman estímulos incondicionados, es decir, acontecimientos que se producen en el ambiente y que provocan incondicionadamente una determinada respuesta en el organismo. Pero, otros estímulos que hayan sido asociados a los estímulos incondicionados provocarán también la reacción incondicionada, aunque no tengan por sí mismos relación alguna con ella. Por ejemplo, el perro de Pavlov salivaba cuando oía el sonido de una campanita, por el simple hecho de que dicho sonido había sido anteriormente asociado con cierta frecuencia (y recientemente) a la presentación de la comida (para una exposición de la temática, véase el cap. iv). La investigación sobre el condicionamiento era de particular importancia para el conductista porque, por un lado, detectaba precisas unidades estímulo (que permitían definir mejor el ambiente en que el organismo reacciona) y precisas unidades respuesta, y, por el otro, porque ofrecía un principio clave para explicar la génesis de las respuestas complejas. En efecto, se podía suponer que los comportamientos complejos, manifestados por el hombre, eran el resultado de una larga historia de condicionamientos.

Por este motivo adquirió particular importancia para Watson el estudio del aprendizaje empezando por las primeras adquisiciones infantiles. Al analizar las emociones, Watson expresaba la idea de que el miedo, la rabia y el amor son las emociones elementales y se definen partiendo de los estímulos ambientales que las provocan. A partir de esas emociones se construirían las demás emociones. Un caso famoso de aprendizaje de emociones es el del pequeño Albert, que Watson estudió junto con R. Rayner (está bien presentado en Meazzini y Galeazzi [1978, 33-34]). Albert jugaba tranquilamente con un ratoncillo cuando se le hizo escuchar a sus espaldas un violento ruido. Desde ese momento, el niño manifestó un gran miedo tanto hacia los ratones como hacia otros animales y objetos peludos. El ruido era un estímulo incondicionado capaz de provocar por sí solo una respuesta de miedo; su asociación con otro estímulo (el ratoncillo) hacía que el niño fuese condicionado a tener miedo también al ratoncillo y (por efecto de la generalización del estímulo) también a otros objetos con características similares. Estudiando una

4. Hay que advertir que, puesto que el compuesto consiste en el comportamiento observado, el reduccionismo fisiológico de Watson remite a componentes constituidos por las respuestas glandulares y musculares, antes que nerviosas (el aprendizaje asociativo es muscular, no cerebral), tendiendo a identificarse con la actitud molecularista.

de las primeras neurosis experimentales de la historia de la psicopatología, Watson probaba más adelante que las neurosis no son ni innatas, ni objetos misteriosos, sino que podían definirse en los términos de respuestas emocionales aprendidas.

Para Watson, las mismas leyes que regulan el aprendizaje emotivo constituyen la base de las demás adquisiciones y, en particular, de los llamados «hábitos». Si para los «hábitos manuales» la idea podía ser compartida por muchos, el problema se hacía más difícil cuando se trataba de explicar procesos psicológicos complejos y en particular el pensamiento y sus relaciones con el lenguaje. La propuesta metodológica de Watson exigía basarse en la observación de la conducta, y en este caso de la conducta verbal (que —adviértase— se tomaba también como conjunto de significados verbalizados), y por tanto el pensamiento debería haberse inferido del lenguaje. Pero la propuesta por así decir «filosófica» (otros han hablado de «ontología» o «metafísica») era la de negar existencia real al pensamiento y asimilarlo directamente al lenguaje.

Para Watson, el lenguaje se adquiere por condicionamiento. El niño oye asociar a un objeto su nombre y por consiguiente el nombre termina por evocar la misma respuesta evocada por el objeto. Progresivamente todo el sistema de movimientos (de las cuerdas vocales, etc.) que provocan la emisión del sonido palabra puede ser sustituido por una parte de movimientos, por los que la palabra sólo es pronunciada en voz baja, o moviendo silenciosamente los labios, o bien mediante simples «hábitos de laringe». Watson creía que de esta manera se va formando el pensamiento y sugería que podía ser reducido a un conjunto de hábitos de laringe. En el plano teórico el punto central estaba representado por el hecho de que la actividad de pensamiento era un resultado de los aprendizajes comunicativos (que no se agotaban en el lenguaje verbal, sino que podían incluir otras formas de comportamiento; por ejemplo, el acto de levantar los hombros) y no tenía por sí mismo importancia ni interés cognoscitivo.

El papel de la experiencia y las grandes teorías del aprendizaje

En el segundo y tercer decenio del siglo, las teorías psicológicas más populares en los Estados Unidos (además de la watsoniana) fueron la de McDougall [cf. Baritz 1960] y la de Freud [cf. Bakan 1966]. Ambas, pero en particular la primera, se caracterizaban por la importancia atribuida a los instintos hereditarios en el hombre. Watson en un primer tiempo aceptó esta idea, pero en un segundo tiempo, influido por la posición ambientalista radical de Kuo [1922] e impresionado por el desacuerdo y la confusión entre los psicólogos que intentaban clasificar los instintos, optó decididamente por una postura que, por un lado, no reconocía la utilidad y validez psicológica del concepto de instinto y, por el otro, negaba que el hombre estuviese en el momento del nacimiento dotado de un bagaje psicológico personal. En 1925, Watson llegó a afirmar que el recién nacido tiene un repertorio de reacciones extremadamente limitado, como reflejos, reacciones posturales, motrices, glandulares y musculares; pero dichas reacciones afectan al cuerpo y no son rasgos mentales; el niño nace sin instinto, inteligencia u otras dotes innatas, y será sólo la experiencia ulterior la que caracterizará su formación psicológica. Watson adoptaba así una posición igualitarista (los hombres nacen todos iguales) y llena de confianza en poder influir en el desarrollo del sujeto controlando las experiencias a que se exponen. Con una afirmación que se hizo famosa, Watson declaraba que si le hubiesen dado una docena de niños sanos, los habría podido convertir fácilmente en buenos doctores, magistrados, artistas, comerciantes, independientemente de sus hipotéticas «tendencias, inclinaciones, vocaciones, raza de los antepasados» [Watson 1925].

Según esta posición el hombre era totalmente producto de sus experiencias. Por consiguiente, adquiriría importancia central el estudio del aprendizaje, es decir, la manera como el hombre adquiere —a través de la experiencia— un repertorio de comportamientos motores, verbales, sociales, etc., que luego serán los elementos constitutivos de su personalidad compleja. Aunque a menudo los psicólogos de la tradición conductista hayan aceptado la idea de que parte de los rasgos psicológicos de una persona está vinculada a sus predisposiciones hereditarias (e incluso haya habido posiciones pro-